

SAN FERMÍN EN PAMPLONA



EL GIGANTÓN

Quien no ha estado por San Fermín en Pamplona, no sabe lo que es divertirse. Todo el mundo se ha divertido *antes* ó espera divertirse *después*; pero nadie se está divirtiendo *ahora*. Los viajes, que son uno de los mayores goces de la época presente, se verifican entre calor y polvo ó humedad y frío, cansancio del cuerpo, impaciencia del espíritu y mil pequeñas contrariedades que alejan el placer cuando no atraen el aburrimiento. La mesa, que es una de las delicias humanas, lleva aparejados, con la ingestión la indigestión, con el vino el mareo, con los manjares caprichosos las rebeldías de la costumbre, y por final de un banquete suelen adquirirse el empacho, el insomnio y la pesadilla. Hasta en lides de amor son más numerosas las amarguras del momento que las felicidades del porvenir; todo lo cual justifica la locura de aquel que perdió la razón pensando en que hay *ayer* y hay *mañana*, pero que no hay *hoy*.

Pues bueno; esta regla se rompe para los pamploneses durante cuatro días de cada año.—Desde el 6 de julio, víspera del Santo Patrono, hasta la madrugada del 11 en que desfallecidos caen en su reposo ordinario, los habitantes de la bella capital de Navarra, sin distinción de clases ni categorías, se olvidan del ayer y del mañana para vivir en hoy. Los hombres formales abandonan sus negocios aplazándolos para después; las mujeres distinguidas, que han renovado su guardarropa, preparan trajes y preseas; las del pueblo dan las últimas puntadas á sus vestidos alegres; los muchachos rompen las huchas donde guardaban su tesoro de cobre; los jornaleros se despiden de la obra; los criados piden licencia que no hay más remedio que darles; todo el mundo se

viste de limpio y adorna su cara de sonrisas, como si se hallara en posesión de la felicidad.

Pero ¿no sucede lo mismo en todas partes? De ninguna manera. En todas partes, si la fiesta es democrática, las personas de rango se retraen de asistir ó la miran de lejos, y si es aristocrática, el pueblo es quien se manifiesta indiferente ó á lo más, curioso. En Pamplona, no; en Pamplona el prócer y el menestral, la dama y la mujer se confunden en el comun regocijo y forman en el coro de la universal alegría. Las señoras no bailan en la calle, pero se hallan revueltas con los bailarines: los caballeros no se empinan la bota ante el público, pero se echan sus tragos en las aceras de los cafés. Es una semana en que se suspenden las garantías sociales.

Veamos la distribución del tiempo. Hay que levantarse á media noche para presenciar la entrada de los toros por la población. El circo taurino de Pamplona está tocando al campo, como en la mayor parte de las ciudades, pero de fecha antigua el encierro da una vuelta para correrse por el centro de la capital. Un corregidor que quiso abolir esta costumbre, por poco es víctima de su temeraria orden. Poblados, pues, balcones y ventanas de bullicioso concurso, los portales de valientes y el espacio de vocinglera chiquillería, pasan los piqueros á caballo, seguidos de los cabestros que cencerrean, de los toros que mugen, de los mayoresales que gritan blandiendo sus cachiporras, y de una turba de aldeanos ansiosos por llegar á la plaza, de pie ó de cabeza, confundidos con las reses ménos bravas quizás que bravos ellos.

Este primer lance de la fiesta sirve para abrir ganas al chocolate, que en Nabarra se toma con profusión de adherentes, más parecidos á almuerzo que á desayuno. Pero eso del comer merece renglón aparte y hemos de dedicárselo.

Por la mañana, de siete á ocho, el desayuno, no liso, sino con dibujos intercalados en el texto; á las diez, *la ley*, que es una friolera, un huevecillo frito, una magra, cualquier cosa; á las dos, gran comida, que se compone por lo ménos de sopa, dos cocidos, tres ó cuatro principios, ensalada, dulces y postres; por la tarde, merienda; refresco al anochecer; y por la noche, de nueve á diez, una cena semejante á la comida, es decir, formal. Dicese que los alimentos son flojos, y, en efecto, buena vaca, ricas truchas, lechón y cordero asados; excelentes embutidos de puro lomo; pollos y pavos; pasteles y empanadas; sabrosos quesos; natillas y huevos moles; frutas brotando miel, todo flo-

jo y sencillo; todo de una frugalidad abrumadora. Si no fuera por el vino que beben, ¿qué sería de los nabarros? Por eso emigró de allí *El Caballero particular*, que era de Pamplona.

Cuando se ha concluido el desayuno, y antes de *la ley*, hay que ir á ver los gigantones. Cabezudos y gigantones son en Pamplona una institución: preceden al Ayuntamiento, vestido de etiqueta; acompañan al Cabildo, que lleva capas pluviales; rodean á san Fermín, adornado de riquísimas galas; y con su imponente apostura, clásico danzar y corteses saludos á la concurrencia, provocan el regocijo á los chiquitines, la satisfacción íntima de los jóvenes y el dulce recuerdo de la niñez en los ancianos.

El que no ha corrido delante de los cabezudos desafiando y rehuendo sus vejigazos con la vara diabólica, ni se divirtió nunca en la procesión, ni tiene nada que guardar para envidia de los años en la senectud. Gigantones y cabezudos constituyen la parte regocijada de la fiesta: ¿serán el *Don Quijote* y el *Sancho Panza* de la liturgia?

Mientras pasa la procesión se toma *la ley*, y en seguida se corre al concierto del teatro, que da principio á las once y media. Allí lucen sus disposiciones musicales los hijos de Nabarra; el pueblo en su orfeón; el insigne artista Sarasate en su violín mágico y casi divino, del cual ha podido decirse que las S S abiertas en su tapa ó adivinaron á Sara Sate ó son el monograma de Su Santidad.

También lucen allí sus gracias peregrinas las hijas de Pamplona, con sus trajecillos ligeros y sus tocados encantadores; conjunto de elegante sencillez y belleza femenil, que ciertamente no sobrepujan los de otras ciudades más ricas y populosas de España. Ellas, en cuanto termine el concierto, volarán á la calle de la Estafeta, donde les guardan sillas sus criados, para formar una tribuna originalísima, solo comparable, aunque más noble, al antiguo paseo de la calle Carretas de Madrid en el día del Corpus.

Dan las dos y á comer; á las cuatro en punto á los toros; á las siete en punto al paseo de la Taconera; á las nueve en punto á los fuegos de la plaza del Castillo; á las diez en punto á cenar; á las once en punto al baile, y así un día y otro, durante cuatro, sin solución de continuidad, sin reposo, ni fatiga visibles.

Mientras tanto, el pueblo, á quien dedican música en plazas y paseos, ya de tamboriles y pífanos, ya de bandas y orquestas, rompe en baile, comida, bebida y coplas, sin descanso también, sin juicio

casi siempre, sin atropellos ni faltas graves casi nunca. Se han triplicado, ó quizá más los derechos de consumos para el Municipio durante la semana, y están en huelga los alguaciles, que prenden, y los carceleros, que encierran. El que no ha estado por San Fermín en Pamplona no sabe lo que es divertirse.

Uno de esos días se presentó al alcalde de la ciudad cierto señor, con apariencia distinguida, pretendiendo bailar uno de los gigantones. El alcalde lo hubiese creído loco, á no ver en su figura y modo de producirse, los caracteres de una completa razon. Era alto y fornido; representaba avanzada edad, aunque aparecía en el pleno uso de sus fuerzas; y por sus gafas de oro, la cadena ostentosa de su reloj y los brillantes que en el pecho llevaba, podia tenérsele por americano. Dijosele, naturalmente, que para bailar el gigantón era preciso, ante todo, saber hacerlo; que era tarea muy ruda y propia solo de contadas naturalezas ágiles y fuertes; por último, que ya estaban en sus puestos los contratados para aquel servicio. El caballero insistió, respondiendo que él se comprometía á desempeñar bien el encargo; que por si flaqueaba, podia ir cerca de su figura el mozo á quien tocaba bailarla; y, finalmente, que él desde luego triplicaría el jornal del hombre á quien sustituyera. Fueron tantas las súplicas del buen señor, que el alcalde no pudo ménos de condescender con su capricho. Despojóse de las ropas y alhajas que traía, y se metió dentro del gigantón.

Nunca habia bailado en Pamplona gigante igual. ¡Con que garbo daba las vueltas y ejecutaba las mudanzas! ¡Cómo movia los brazos! ¡Con qué dignidad saludaba á las señoras de los balcones! ¡Qué resistencia! ¡Qué bríos! Fué el héroe de la procesión y objeto de las aclamaciones públicas.

Cuando volvió al Ayuntamiento, toda la Municipalidad estaba reunida, ganosos los concejales de conocer aquella especie de misterio.

—Señores—les dijo—yo soy de Pamplona, y hace treinta años que á mi oficio de tonelero unia el bailar los gigantones por San Fermín. Estaba enamorado de una muchacha llamada María Josefa, que, si yo era un mozo de cierto prestigio en el pais, ella era la más hermosa y requerida de la comarca. Una noche se incendió el caserío de la huerta en que habitaba con sus padres y pereció como ellos, sin que yo estuviese allí para dar mi vida por la suya. Creí volverme loco, y huyendo del lugar de tan terrible catástrofe, senté plaza para Cuba. Después de soldado trabajé en todo y tuve alguna suerte; ¿á

qué contar las vicisitudes de mi existencia en tan largo espacio de tiempo? Me eduque, me hice rico, sin olvidar mi patria ni las ilusiones de mi juventud, y decidí morir donde habia nacido, al lado de María Josefa. Pero un hombre á quien la fortuna cambia como á mí me cambió, no vuelve á ser fácilmente lo que antes. Necesito (me dije) hacer un esfuerzo sobrehumano que restituya mi personalidad. Llegaré á Pamplona, la víspera de San Fermín; rogaré al alcalde lo que le he rogado, y dentro de aquel armatoste de malicias infantiles, quizá encuentre la regeneración que busco. Salgo de él y la encuentro. Ahí está esa limosna para los pobres. Adios.

Tales fueron las únicas palabras que el desconocido se ofreció á pronunciar.

El propio alcalde que las refiere dice que en un pueblo de la ribera, humilde antes, se ha construido una parroquia, un hospital, escuelas para ambos sexos, todo asegurado con recursos permanentes y que en el campo-santo del lugar hay un hermoso mausoleo de marmol en que se lee:

«A MARÍA JOSEFA Y LOS SUYOS»

Cuando se pregunta quién ha hecho aquello, contestan los aldeanos que *El Gigantón*.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

